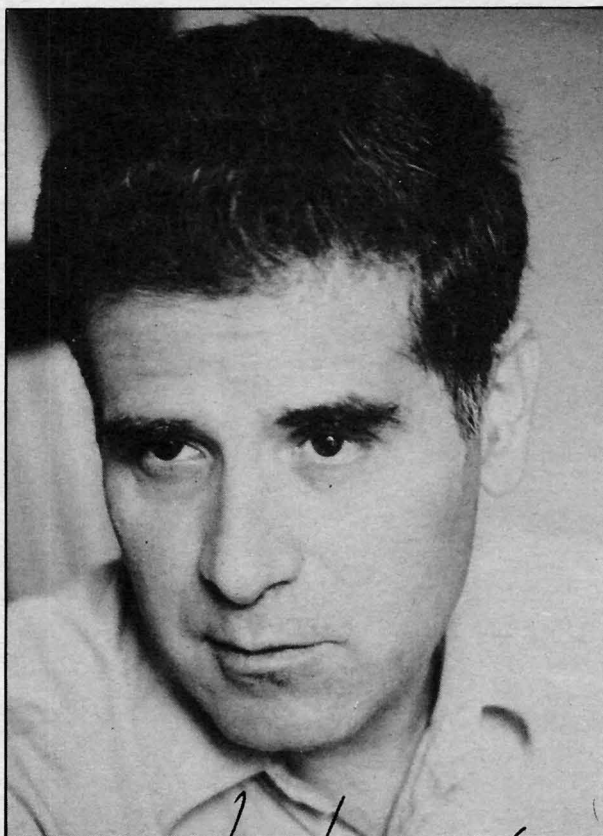


*Preeminencias
de Maestro*

Miguel Espinosa



M. Espinosa

*«Monteagudo» noviembre
1985*

DE MIGUEL ESPINOSA

Alfredo Montoya

Acompañado solitario, brillaba con oscuro fulgor. Le tuve siempre por hombre de muchos enigmas también.

Todo en él era mesuradamente cotidiano y, sin embargo, apartado con decisión de lo común. Aun tratando de asuntos habitados —como el frío o calor de la estación, los públicos sucesos o el amor a los hijos, que en él era ejemplar y superlativo—; aun entonces, sus palabras eran vestidura misteriosa de los hechos.

Los temas más acostumbrados recibían nuevas luces en su voz y en su pluma. Su manera de decir que hacía frío recreaba la sensación y lograba que un inopinado helor llegase a los huesos; su forma de hablar de sus hijos valía y podía lo que ni pueden ni valen cien tratados de ética.

Con verbo exacto que repudiaba la falsa piedad, condenaba el desorden del mundo, del cual, y de su calamidad, fue relator.

Supo ser hombre múltiple y de contradicciones: alto poeta y negociante, jurisconsulto y místico, amigo devoto y feroz amante, pacífico conversador y censor temible, incansable trabajador y despreocupado ocioso. Ejercía un asombroso señorío sobre el tiempo, lo que daba a su andar lujosa libertad de vagabundo y hacía su departir sereno como un atardecer en el campo.

Fue varón atormentado por la verdad y el bien, tanto como por lo mentiroso y malo. Decía con ojos y palabras, a todo momento y con insistencia apostólica, que poder, vanagloria y dineros componen la sustancia del mal; en consecuencia, se inclinaba a los humildes de corazón y con aguda palabra esplendente arrojaba por tierra las monedas de los cambistas y derribaba sus mesas.

Todo era en él perpetua lección moral, y oyéndole se estaba cerca de Marco Aurelio y del Señor de Montaigne. Se distinguía su temple de moralista en la afición al estudio de los caracteres.

De austero pensamiento, sólo dijo del ser, y así fue esencial su discurso. Fue hombre cabal en quien nunca hubo engaño: le inspiró el espíritu, que sopla donde quiere; y de tanto amar la luz, escribió con horror de las tinieblas.

Vivió admirado de vivir, sin acostumbrarse al milagro. Se fue sin ruido, alejado en cenizas que no conocerán ya pesar ninguno. Nos regaló palabras consumadas, como piedras preciosas. Para consolación de sus amigos, sigue viviendo en ellas.